

Antonio Vivaldi (1678-1741) o la luz mediterránea

Según la leyenda, Venecia había sido fundada el 25 de marzo del año 413 por los fugitivos de Padua, aterrorizados por las invasiones. Desde que se puso la primera piedra —en la actual zona de Rialto— Venecia fue llamada «la ciudad del sol». Como ciudad libre e independiente, Venecia tenía su propia cultura. En la época de Vivaldi se daban en ella las mismas características de dos siglos atrás: Se veían cúpulas altísimas, torres y palacios revestidos de mármol. Había mercados y cambio de moneda —debido a los muchos extranjeros que la visitaban—, y un gran tráfico de vinos exquisitos. Del Oriente y por el mar llegaban perfumes, aceites y perlas, todo destinado a un intenso comercio. Según la documentación de la época, se veían góndolas engalanadas y

máscaras de enamorados, rodeados de canciones mezcladas con el sonido del agua. Todo era vida y color hasta el punto de que Venecia daba la impresión de estar siempre en fiesta. Cualquier motivo era bueno para ello y se celebraban, incluso, desfiles de modas. No es de extrañar que el arte en Venecia se resolviera en una pura alegría.

En Venecia, además, existía pasión por la música. Andrea y Giovanni Gabrieli habían hecho de San Marcos una sala de conciertos. Monteverdi puso allí pilares definitivos de la música europea. Hombres cultos tocaban el laúd o la guitarra y cantaban madrigales. Por todas partes se veían mosaicos y frescos, esculturas y tapices, formando un conjunto escenográfico sin igual.

Angel Barja

En este ambiente nace Antonio Vivaldi el 4 de marzo de 1678. De su infancia sabemos muy poco, como ocurre igualmente con sus últimos años, especialmente su muerte en Viena. Aprendió a tocar el violín de su propio padre, que era violinista en el Palacio Ducal. Entró muy pronto como profesor de música en el célebre Ospedale della Pietá, que era una de las cuatro escuelas de música famosas en Venecia. Este «Hospital» albergaba a señoritas huérfanas, abandonadas o extraviadas, y Vivaldi hizo de él un centro musical de primer orden.

Tales señoritas sabían tocar todos los instrumentos, incluida la trompeta. Todos los días había conciertos, frecuentados por personas de las más diversas procedencias. La guía turística de la ciudad señalaba estos actos como algo que no podía perderse en una visita a Venecia. El diplomático francés Brosse, contemporáneo de Vivaldi, escribe: «Vivaldi tiene una furia de composición prodigiosa. Yo mismo le he oído decir que compone un concierto en menos tiempo del que necesita el copista para copiarlo. Y otro contemporáneo —que le oyó tocar en concierto— dice: «Vivaldi interpretó admirablemente... y añadió una cadencia improvisada, que me confundió totalmente, pues tal modo de tocar no se había escuchado antes y puede que jamás sea igualado».

Con respecto a las intérpretes de la Pietá, existen muchos testimonios de su modo admirable de hacer música. Goethe, por ejemplo, escribe: «Nunca he escuchado cosa semejante». Y Rousseau: «No conozco nada tan conmovedor como esta mú-

Quarta: min. 10

CONCERTO in Mi maggiore

per Violino, Archi e Organo (o Cembalo)

La Primavera

Da "Il cimento dell'armonia e dell'invenzione",
F. I n.º 22

a cura di Gian Francesco Malipiero

Antonio Vivaldi
(1678 - 1741)

Giunt'è la Primavera
Allegro

sica». Las conversaciones de los venecianos sobre el canal, recaían frecuentemente sobre este tema, y los nombres de las intérpretes corrían de boca en boca: Margarita, Clara, Bárbara... Lo cierto es que a la aglomeración de público que se formaba alrededor de la música del «preteroso» era inconcebible, en expresión del contemporáneo embajador francés en Venecia.

Antonio Vivaldi dio un impulso definitivo a la música instrumental, especialmente en el grupo de cuerdas. El contrapunto queda relegado a un segundo plano y nace el lenguaje sinfónico. La forma tripartita del concierto se hace sólida con Vivaldi, cuyos logros serían retomados y ampliados por J.S. Bach, gran admirador de Vivaldi.

En 1740, Vivaldi abandona Venecia a escondidas, acompañado de su inseparable cantante y enfermera Anna Giraud, y muere en Viena al año siguiente, pobre y solitario. Después de su muerte cae inmediatamente en el olvido durante un siglo entero. Solamente cuando se sabe que J.S. Bach se interesa enormemente por la música de un tal Vivaldi, se inicia la búsqueda de su obra. Más tarde se crea en Italia el «Instituto Antonio Vivaldi» para la publicación de sus obras completas, que comprende óperas, oratorios, cantatas, sonatas y —sobre todo— conciertos instrumentales, los más conocidos y difundidos gracias a la grabación discográfica y al concierto en vivo.

Antonio Vivaldi es uno de los compositores más populares de todos los tiempos. Su obra «Las cuatro estaciones» fue, desde el principio, su composición más conocida. Pero toda su música es igualmente bella y tuvo el mérito de llevar a la música europea la luz, la gracia y la fuerza de la imaginación mediterránea.

El de la guarda celeste

Lucía Adriana Pérez

Aunque de niña me enseñaron a hablarle, nunca le pedí que me entrevistara en sueños. El siempre se empeñó en recordármelo.

Así con Lalo fuimos penetrando todos los silencios, multitudes y privaciones, mientras el amarillo nos cubría de otoño y la lluvia nos gastaba.

Nada podría predecirse puesto que el futuro siempre tiene que ser un leguleyo traidor.

Lalo gustaba deambular por la playa sin recoger absolutamente nada... excepto los colores. En cambio yo elegía almejas, conchillas y caracolas a la vez que renovaba el hueco de mis manos por alguna mejor. A Lalo no le simpatizaban

esos hurguetos de chiquilina entre las rocas y me reprendía.

Entonces lo llamaba... pero él siempre estaba oculto o demasiado ocupado para detener la protesta. Mi cara redonda era invadida de lágrimonas que apenas nacidos se arrebataban con el sudeste de la costa.

Lalo solía amarme con cura y, terminábamos construyendo un incomparable faetón de dos cuerpos libres que se identificaban sin esfuerzo. A veces me nombraba a cualquier hora para recorrer caminos inciertos o guardas de antiguos amantes evocando a Evodios, dios de los senderos buenos... Nos sorbía el alba.

Entonces sí, allí se cruzaba con las manos en alto y alones

centellantes, con el rostro contraído, el cabello largo enrulado, y esa corona dorada que nos producía la sensación de rara eutrapelia.

Allí se paraba indicando las felonías de todos los impíos con voz exigua y cara de espuma.

Nunca quise escucharlo. El era culpable de nuestras pupilas hambrientas y defraudadas.

Luego vinieron las tardes rojas por todos lados. La violencia abrió su corazón de pólvora y trotil. Cruzó las piernas y también los brazos sonriendo en el origen del escenario.

Entonces los pobres, los medianamente ricos, los niños y los ancianos se amontonaron en el abismo, sonámbulos,

sordos de temor, ciegos en los bares, oficinas y en cada recodo de las ciudades.

Lalo y yo fuimos con ellos.

Tomados de la mano al principio, lejanos atados después. Ya no se podría soñar con aquel vuelo lunisofar, con el arca, con la nave venturosa atravesando ese océano para borrarle los misterios, engaños, diferencias y poderes, haciéndolo claudicar ante la frente sudorosa de los obreros.

Mi boca deshvilvanó con los días su aliento, el cabello fue quedando tieso como aquel oso que hace veinte años fue aprisionado en el jardín zoológico, y nosotros le llevábamos pan duro mojado con leche. El sexo fue enfriándose y arru-

gando los pliegues por la permanente contracción del miedo y los golpes que ahuecaban el calendario en aquel lugar.

Supe que Lalo gritó llamándolo durante varias tempestades, y él vino a quitarle la voz.

Anoche me visitó prometiendo consuelo en este párrafo donde me revuelco.

Lloré la ausencia de mi amor en plena juventud, el viaje perdido hasta vaya a saber qué Cometa. Lloré por mis manos vacías, porque los pájaros han dejado de cantar...

ya no están en los árboles. Me despertó su mano flaca y la mirada celeste invariablemente. Había apoyado los dedos en mis hombros mutilados y me estaba diciendo algo como

que siempre nos acompaña, que está indicando, que permanece en nuestra espalda, que es el Angel de la Guarda y...

Tuve la certeza de que sería mi último esfuerzo y me incorporé de cualquier manera para tomarlo del cuello, hundirle las uñas en eso que se parecía a una piel de papel. Extendía las venas hinchándose y logré arrancarle los alones con las yemas para arrojarlos contra las rejillas.

No pude moverme más porque caí boca abajo con las manos teñidas de sangre azul. Lo interpelé aterrorizada gritando desmesuradamente. Él me miró desconcertado, triste, asombrado. Recogió sus alones y creo que se fue.

RELATOS
Diario de León
(17)